

# Santa Cruz: mirando hacia el pasado

Durante este curso se ha realizado, en el centro municipal de Santa Cruz, el taller denominado Memoria, recuerdos y patrimonio de Santa Cruz, cuya finalidad principal es la de recordar los usos y costumbres de la pedanía y ahondar en el conocimiento de su patrimonio material e inmaterial.

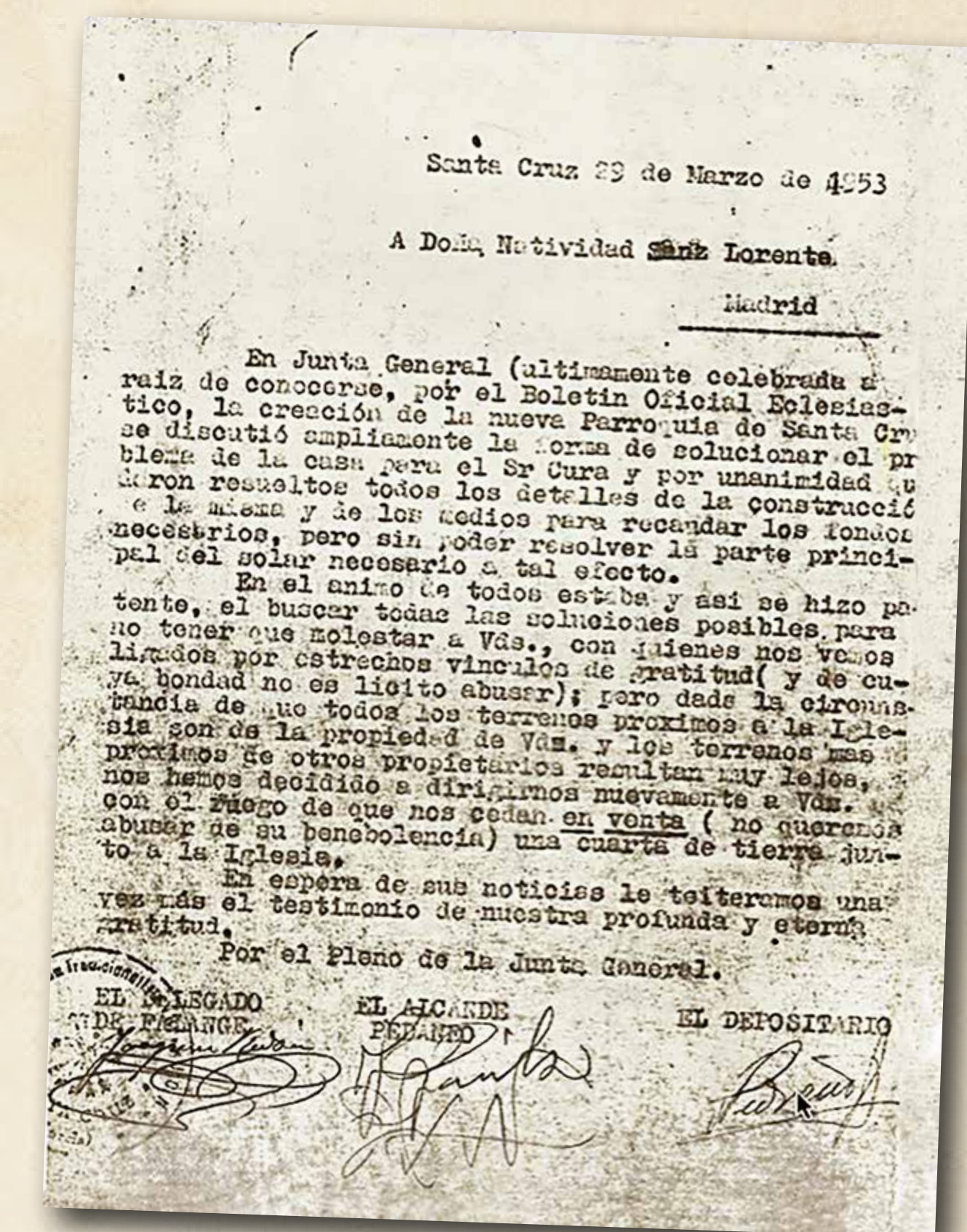
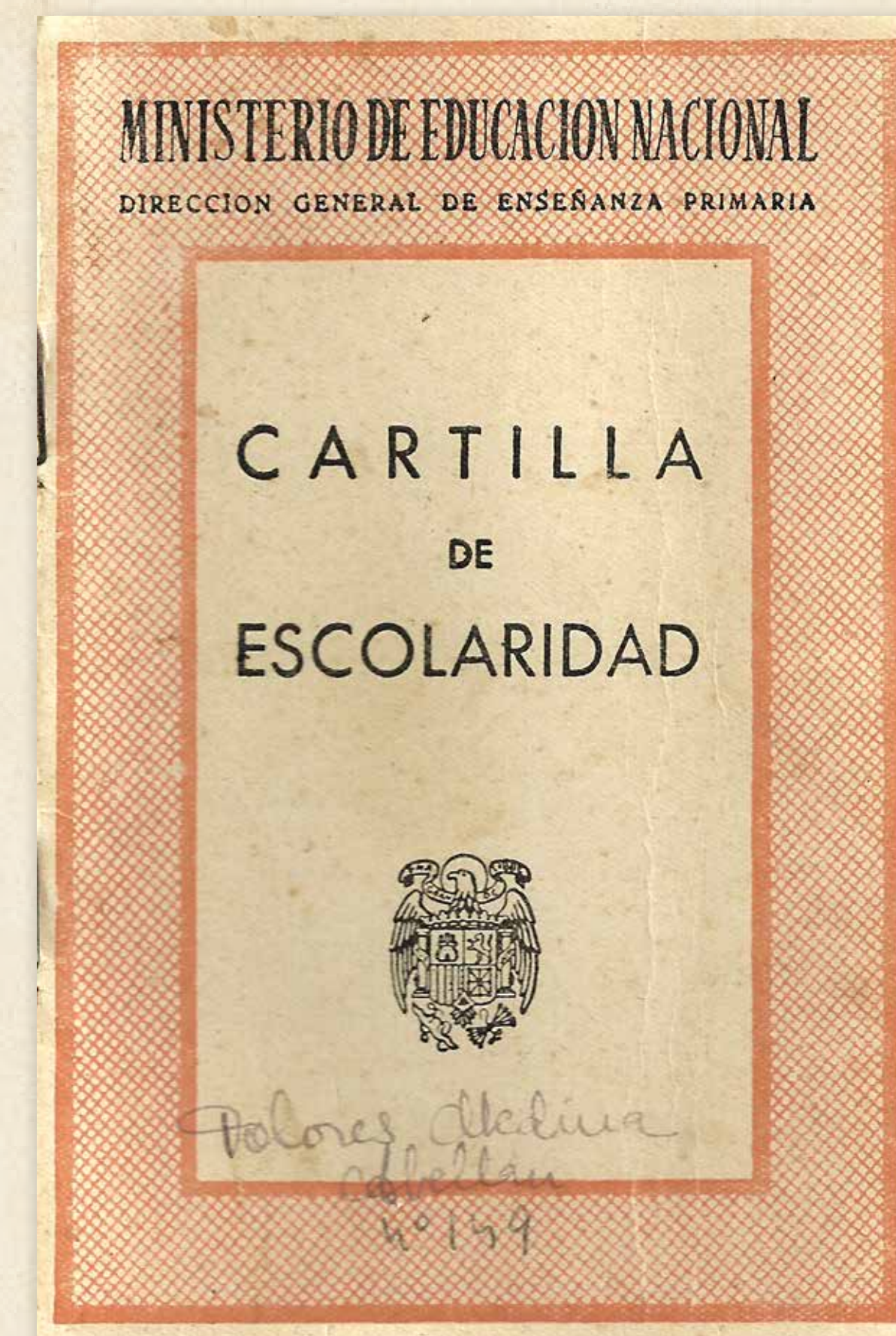
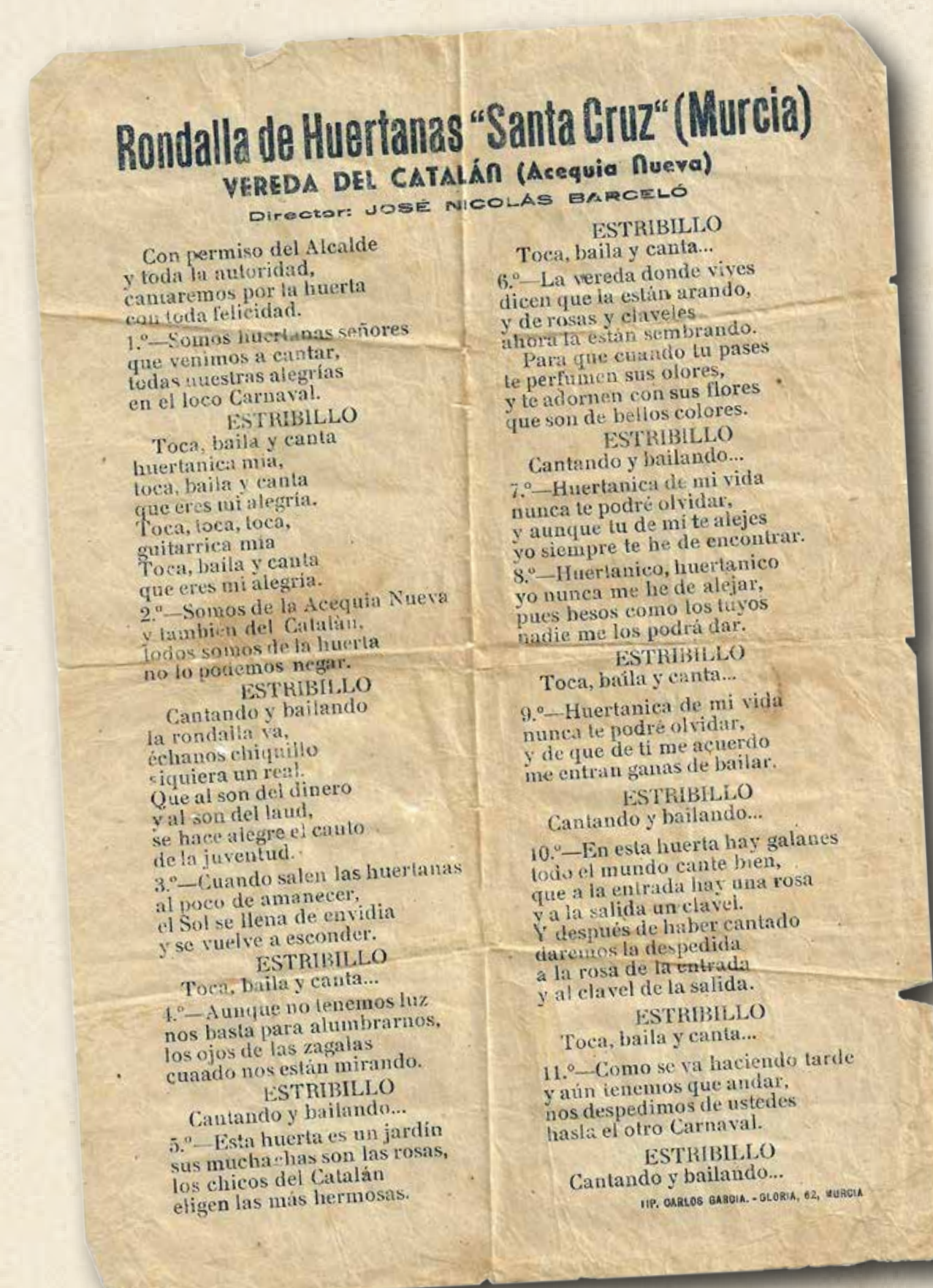
El trabajo del taller ha seguido una metodología basada, principalmente, en el testimonio oral, tanto de los asistentes al taller como de todo aquel que, desinteresadamente, ha querido colaborar con sus recuerdos evocando lugares, anécdotas y costumbres que están desapareciendo actualmente; por otra parte, se han digitalizado varios documentos y alrededor de trescientas fotografías, que constituyen la base documental del taller.

Durante los meses que ha durado el curso, se ha ido elaborando un plano en el que se han situado diversos lugares y elementos que existieron en la pedanía, también los que hoy existen, los elementos patrimoniales y los diferentes cursos que conforman la red de riego y, en muchos de esos puntos, se ha incluido fotografías o textos con el fin de ofrecer la información más completa posible. Dicho plano podrá estar, en un futuro, a disposición de todos los que lo quieran consultar.

También se ha comenzado a trabajar en el trazado de un itinerario turístico por la pedanía a través de los elementos patrimoniales de relevancia y los lugares que, bien por su valor antropológico o bien por su configuración, merece la pena dar a conocer; entre ellos, la fábrica de turrone, la vaquería, la vereda de la Barca, el canal, la iglesia parroquial y los bienes patrimoniales que contiene, la Ermita Vieja, ligada a la Aurora de Santa Cruz o el Vía Crucis que conecta ambos edificios.



Asimismo, se ha comenzado a recopilar información del patrimonio de la pedanía, del que, en próximos talleres, se elaborarán las correspondientes fichas de catalogación con el fin de tener una documentación accesible para todo el que quiera conocer algo más de los bienes patrimoniales, tanto materiales como inmateriales, de Santa Cruz.



Se han hecho, además, cuatro salidas, en las que hemos visitado el Palacete Rural de la Seda, de la mano de su propietario, Francisco Fuentes, la exposición "Seda: historias pendientes de un hilo", que se ha celebrado en el Museo Arqueológico de Murcia, la iglesia parroquial del Santísimo Cristo de la Expiración y la Ermita Vieja, en Santa Cruz. De esta forma, hemos ido adentrándonos en nuestra propia historia, conociendo costumbres y hechos del pasado y tomando conciencia de la importancia que tiene el patrimonio como testigo de lo que fuimos y como valor a transmitir a los que nos suceden.



Los paneles de esta exposición son solo una pequeña muestra de algunos de los temas que se han tratado en el taller. En ellos se recopilan algunas fotos y se acompañan de textos que nos cuentan cómo fue la vida en Santa Cruz durante el periodo comprendido entre finales del siglo XIX y los años setenta del siglo XX en cinco aspectos: la huerta, la niñez, la mujer, las ceremonias y la diversión.

Esperamos que en años sucesivos podamos seguir reconstruyendo y recordando, porque para avanzar hacia el futuro, hay que saber mirar hacia el pasado.

Taller Memoria, recuerdos y patrimonio de Santa Cruz. 2016-2017  
Coordinadora:  
M<sup>a</sup> Ángeles Muñoz Cosme



# Paisaje verde, rumor de agua

## SANTA CRUZ: MIRANDO HACIA EL PASADO

Hasta que, en los años sesenta, España comenzó a salir de una situación de precariedad, la vida y economía en las pedanías murcianas tenía una base muy importante en la huerta y sus productos; una huerta determinante de una forma de vida que se reflejaba en la vivienda, la alimentación, los horarios y la relación entre la vecindad, y cuya red de riego proporcionaba un constante rumor de agua y un paisaje muy verde.

En las regueras, que tomaban el agua de la acequia para regar los bancales, proliferaban las ranas, que un personaje al que se llamaba *El Ranero* recogía y vendía a los laboratorios para realizar la prueba de embarazo. En esas regueras se podía, además, pescar anguilas, muy abundantes en la poza que hubo junto a la Fábrica de la Seda.

El agua sobrante del riego aflucía a los escorreos, que desembocaban en las landronas, y éstas, en los meranchos; de esa forma el agua retornaba al caudal del río, aprovechando así cada gota y evitando su desperdicio.

El agua de los pozos, que era cristalina y se mantenía caliente en invierno y fresca en verano, era aprovechada para lavar la ropa en las losas que había junto a la Fábrica de la Seda, en la vereda del Pozo y en el pozo de los Rosa.

En la casa, con suelo de tierra y paredes encaladas, el mobiliario era muy reducido. Elementos como el tinajero, el arca, el chinero, los hierros o trébedes, la fresquera, el quinqué o el cacetín eran entonces de uso cotidiano y con papel, o labores de bordado, se adornaba el caramanchón y el chinero.

Como combustible se utilizaba la leña, tanto para cocinar en el hogarín, como para el horno y para la chimenea.



En la parte exterior de la vivienda se ubicaba una cocina, techada con cañas, donde, además del hogarín, se situaba un fregador también elaborado con cañas en el que se hacía la fregaza, para la que se utilizaban estropajos de sogá o esparto, arena que se tomaba del río y piedra tosca que se le compraba al hilero. El agua residual del fregador caía directamente a la tierra.

En las casas había una cabra, para obtener leche, gallinas que ponían huevos, pollos que proporcionaban carne para las comidas y pavos y un cerdo que se mataban para la Navidad. Con la venta de los huevos o de algún pollo se obtenía un dinero con el que se compraba bacalao, sardinas saladas, aceite, arroz, jabón y otros productos necesarios.

El pan se hacía en casa, con el trigo que se había plantado en la huerta y que, una vez segado, trillado y molido en el molino que estaba en el azarbe, junto al cine González, proporcionaba la harina. En cada casa había un horno hecho de barro, que se alimentaba con alcazaba, zuros de panchas y leña de morera y se tenían todos los instrumentos necesarios para su amasado y horneado: la artesa, las cerneras, el cedazo, el medio, la paleta, las raseras, las maseras, la tabla para poner el pan y la pala. Dicho horno cobraba protagonismo en Navidad, cuando se elaboraban los dulces de manteca y almendra, que se consumían hasta San Antón.

En la huerta se cultivaba todo tipo de hortalizas, que proporcionaban a las familias tanto un sistema de abastecimiento como la posibilidad de obtener dinero con su venta.

La gastronomía tenía su base en las verduras, la fruta, el aceite de oliva, la carne de ave o de cerdo, los frutos secos y las legumbres. El pescado que se consumía era el que se conservaba en salazón, fundamentalmente sardinas y bacalao.



Era importante conservar los alimentos para poder ir consumiéndolos conforme fuera necesario; los embutidos se guardaban con su propio pringue, los huesos y los encurtidos, en salmuera, el aceite obtenido de la producción familiar, en una orza y también se hacía conserva de tomate y arropé.

Los mejores higos se secaban con hinojo y se guardaban en un cofín, que se sacaba en Navidad junto con el dulce de membrillo.

Muy unida a la huerta estuvo la cultura de la seda, que en la pedanía fue una importante actividad hasta su desaparición en los años setenta. La Fábrica de la Seda recogía la producción de los pequeños criadores y en ella se limpiaba, se ahogaba y seleccionaba el capullo, que era envasado en grandes sacas y enviado a Valencia. Para los santacruceños, la crianza del gusano de seda proporcionaba un dinero que venía muy bien cuando había algún gasto extra en la casa y el trabajo en la Fábrica de la Seda era un recurso laboral de la pedanía.

En la huerta, la solidaridad entre vecinos era un valor muy tenido en cuenta. Se juntaban para hacer el desembojo y obtener la cosecha para llevarla a la Fábrica de la Seda. También se reunían para hacer el esperfollo que, sobre todo el que se realizaba en la casa del tío Gabriel González, era toda una fiesta; los más jóvenes aprovechaban, cuando salía la panocha colorá, para abrazar a la moza que rondaban y, al final de la tarea, el Tío Gabriel González hacía aparecer su acordeón, con cuyas notas se bailaba y celebraba así el fin del esperfollo en esa jornada. Las vecinas se reunían, asimismo, para la elaboración de los dulces navideños y, cuando la riada daba al traste con años de esfuerzo, todos arribaban el hombro para ayudar a los más desfavorecidos.



# Tiempo de chambis y tramusos

## SANTA CRUZ: MIRANDO HACIA EL PASADO

Entre todas las fotografías recogidas en el taller, destaca el grupo en el que aparecen niños y niñas. Todas las personas que han aportado dichas fotografías, han traído alguna de su infancia o de la de sus padres.

Son instantáneas donde se capta una niñez llena de imaginación y de alegría, que se bañaba en las acequias, que iba a la vereda del Señorito Lázaro a coger peras y níscolas y se sazónaba con castañas, dátiles, pipas, tramusos, caramelos, los chambis de El Callejas, los dulces que traía el bollero en su carrito de madera y cristal y las piruletas hechas en casa por Navidad; una niñez que se enriquecía la Noche de Reyes con ollas de juguete, carteras, muñecas, neceseres, mazapán y alguna pesetita para poder ha-

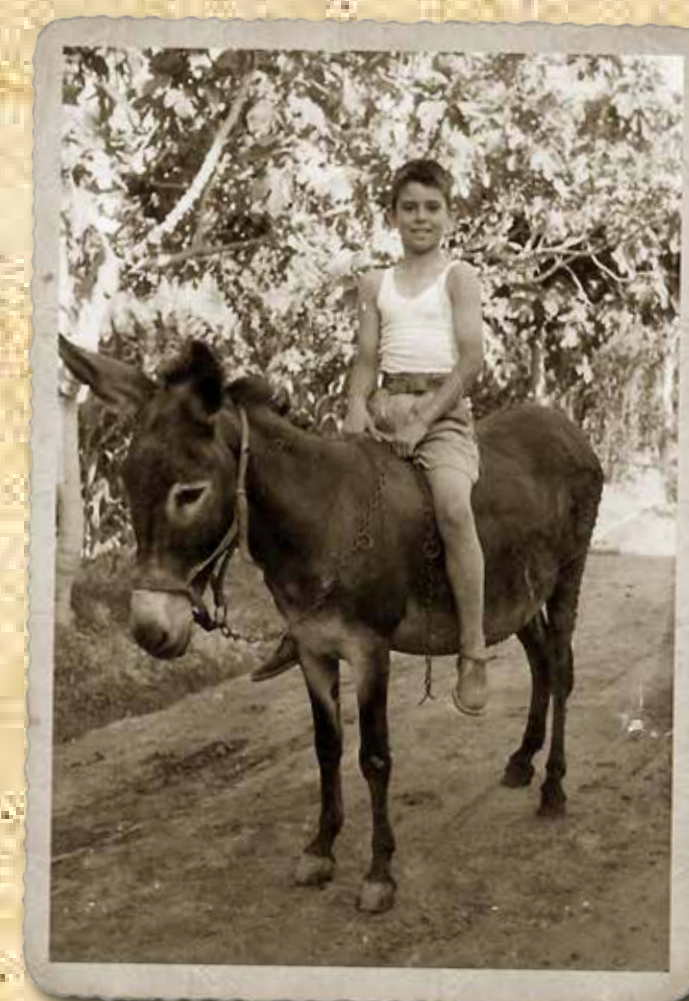
cer la compra a cambio de la hierba y el agua dejada a los camellos de sus majestades y que cantaba el aguinaldo navideño por las casas o le hacía versos en mayo a la Virgen.

Un elemento muy importante en esa niñez eran las escuelas, que antiguamente estaban en la Calle Mayor, en un lado de la de las niñas y, enfrente, la de los niños. Hubo también otra en la Acequia Nueva, en una propiedad del Tío Gabriel González. El maestro de dicha escuela, don Filiberto, dejó buen recuerdo en muchos de los que aprendieron con él y también don Joaquín, que aparece en algunas de las instantáneas rodeado de niños, y que utilizaba un terreno situado frente a la escuela del Tío Gabriel González, para plantar y poder comer, ya que entonces los maestros no co-

braban un sueldo y tenían que sustentarse con lo que recibían de los vecinos.

Vestidos de fiesta o de diario, jugando, estudiando o posando, los niños y niñas de Santa Cruz fuimos captados en una instantánea con nuestros juguetes, nuestras risas, con nuestros hermanos o nuestros compañeros de escuela, con el telón de fondo de una huerta verde y de agua.

En las fotos quedan plasmadas tanto la circunstancia social de cada momento como la moda en uso y, si en eso observamos diferencias no las vemos, sin embargo, en nuestra expresión que, en todos los casos, es la de la infancia.



# En un segundo plano

## SANTA CRUZ: MIRANDO HACIA EL PASADO

Antiguamente, la condición de la mujer, tanto en el ámbito doméstico como en el social, se limitaba a un segundo plano, ya que la sociedad patriarcal descargaba todo el peso de decisión y de responsabilidad en el hombre; incluso, a la hora de recibir una herencia, su parte se limitaba al ajuar que debía aportar al matrimonio, mientras que el varón heredaba las tierras.

Sin embargo, en ese papel secundario, la mujer ha sido el motor del hogar, la que cuidaba de los pequeños y se encargaba de su alimentación y educación, la que colaboraba en las tareas de la huerta cuando se requería, la que asistía a los enfermos, la que cuidaba también de los mayores, la que no tenía posibilidad de participar en la vida social ni política, en instituciones o asociaciones y no tenía ni voz ni voto; no decidía nada, porque le correspondía al marido y, sin embargo, era la que mediaba entre él y los hijos.

La mujer era la que, con los pocos medios con que se contaba, estaba encargada de tenerlo todo limpio y a punto y dedicaba por entero su tarea diaria a los quehaceres del hogar, desde primera hora de la mañana, cuando rellenaba el botijo con agua fresca y barría y rociaba el portal, hasta el momento de irse a dormir, dejándolo todo recogido para volver a empezar al día siguiente.

La mujer no conducía y, cuando ya pudo hacerlo, debía tener cumplimentado el Servicio Social; tenía vetado el acceso a los ventorrillos, por ser ésta un actividad exclusivamente masculina y debía cuidar en todo momento el recato, sobre todo en la iglesia, a donde acudía con velo.

Su escolarización no llegaba más allá de los trece años, edad con la que podía empezar a trabajar para poder ayudar económicamente a la familia y su formación se completaba, a menudo, con el aprendizaje de la costura y el bordado. En ocasiones, esa formación académica se limitaba a lo más básico y desde bien pequeña contribuía a la economía de la casa con tareas que, hoy en día, serían impensables, como el hecho de tener que ir al mercado a vender los huevos de la producción avícola familiar; en cambio, si tenía la ocasión de continuar los estudios en Murcia, no estaba bien visto que fuera y viniera sola, por lo que la madre, u otro familiar, debía acompañarla hasta el centro de educación y recogerla a la salida.

Contraía matrimonio muy joven y, en algunas ocasiones, ese matrimonio venía forzado en el tiempo porque los novios, cumpliendo una antigua tradición huertana, se escapaban.

En Santa Cruz, la industria sedera ha sido muy importante como motor económico de la pedanía y en ella ha trabajado la mayoría de mujeres que durante la primera mitad del siglo XX tenían la posibilidad de hacerlo, aunque era un trabajo no exento de discriminación, tanto por género como por edad.

Actualmente, su intervención en la vida social ha avanzado de forma considerable y su papel de ama de casa se ha visto facilitado por el avance técnico y por una concepción más progresista de igualdad con el varón. Ocupa puestos de trabajo que antes estaban reservados únicamente al hombre, aunque aún existe una gran diferencia de número y a la equiparación de sueldos todavía le queda recorrido.

En los años noventa del pasado siglo se creó en la pedanía el Centro de la Mujer, destinado a favorecer la formación en materias a las que no había podido acceder con anterioridad. En el Centro se organizan cursos y talleres dirigidos a posibilitar el aprendizaje en diversas disciplinas, y viajes y excursiones que ya no limitan el conocimiento del medio al entorno familiar.

Hoy en día la mujer trabaja fuera de casa, se dedica más tiempo a ella misma y disfruta de su ratos de ocio con plenitud.



# Camino de la iglesia

## SANTA CRUZ: MIRANDO HACIA EL PASADO

Cuando en la pedanía la vida transcurría con la monotonía de los días de trabajo, las ceremonias, ya fueran bautizos, comuniones, o bodas, constituían todo un acontecimiento.

Aunque las celebraciones eran modestas y casi siempre se compartían con el entorno familiar, eran un buen motivo para estrenar vestido, arreglarse el peinado o comprarse unos zapatos.

A los niños se les bautizaba a los muy pocos días de nacer y su celebración, estrictamente familiar, se limitaba a una comida en el comedor de la casa.

Las comuniones se hacían, al igual que ahora, en grupo, aunque entonces los componían niños y niñas de diferentes edades. Los vestidos y trajes de comunión se heredaban entre familiares y, el día de la celebración, las maestras hacían chocolate y monas y lo servían en la puerta de la iglesia.

La celebración de las bodas, que no siempre tenía lugar, pues dependía del poder económico de los contrayentes, consistía en una pequeña invitación a pastas surtidas delante de la casa familiar, para la que se quitaban las puertas de las habitaciones o se tomaban las tablas del pan y se ponían como tableros de las mesas, cuyos soportes solían hacerse con cajas de verdura vacías. No había tarta ni se bailaba.

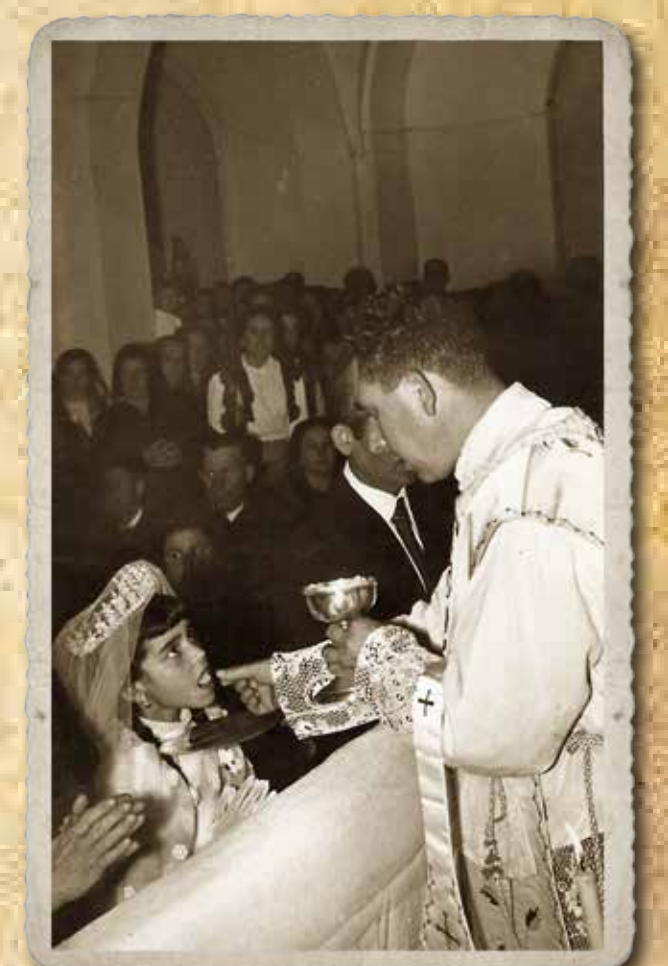
El vestido de novia, en ocasiones, consistía en un traje de chaqueta oscuro, por tener que guardar luto por el fallecimiento de algún familiar cercano y, pasada la celebración, la novia se ataviaba con el traje de tornaboda e iniciaba con su marido el viaje de novios que, entonces, no pasaba las fronteras del país y, a veces, ni las del municipio.

Era habitual que, para contraer matrimonio, la novia caminara de su casa hasta la iglesia, acompañada de un cortejo formado por sus familiares y amigos, al igual que los niños que iban a hacer la

Primera Comunión. El estado de las calles, que entonces no estaban asfaltadas, contrastaba con la blancura del vestido de la novia o de los comulgantes. Cuando ese recorrido se hacía en coche y la vereda no era lo suficientemente amplia para que cupiera un automóvil, era la galera de Perico Diego la que se adentraba hasta la casa de la novia para conducirla hasta la iglesia.

Mención aparte merecen los entierros que, esos sí, aseguraban a los varones que acompañaban al finado hasta su última morada un regreso a casa haciendo paradas en los ventorrillos y manteniendo, de esa manera, la tradición del alboroque.

Hasta 1956, año en el que se inauguró la iglesia parroquial del Santísimo Cristo de la Expiración, las ceremonias se realizaban en la Ermita Vieja o en la parroquia del Llano de Brujas.



# Cuadrillas, rondallas y verbenas

## SANTA CRUZ: MIRANDO HACIA EL PASADO

La vida en Santa Cruz ha tenido también sus momentos de diversión. En tiempos en los que lo cotidiano se limitaba a la casa y el trabajo, los santacruceños se reunían para compartir ratos de ocio.

En Navidad los vecinos se visitaban todos; se convidaban y se cantaban el aguinaldo. Se gastaban inocentadas y, en Nochevieja, se solían gastar bromas y se echaban los años, un juego que consistía en poner el nombre de las chicas y los chicos en dos bolsas e ir emparejándolos conforme se extraían, lo que provocaba mucha risa.

Durante nueve días, muy temprano, se hacía la Misa de Gozo, en la que el Tío Pepelín tocaba el violín, el Tío Manzano la guitarra, el Tío Juan, la pandereta y Paco Rosa cantaba.

La noche del dos de mayo los mozos se dedicaban a cambiar de lugar las macetas de las casas. Los que rondaban a una moza, las dejaban en su puerta y, los que no, las depositaban frente a la ermita de la cruz que hay en la Calle Mayor, que al día siguiente amanecía rodeada de plantas de diversa procedencia.

Además del trovo y la Aurora, que de por sí constituyen una tradición coral y musical de relevancia en la pedanía, en Santa Cruz hubo una rondalla que, con un clarinete, una bandurria, un laúd y un violín, hacía las delicias de los que la escuchaban.

Los domingos, las mozas acudían por la tarde a la misa de las cinco y luego daban una vuelta con su cuadrilla por la Orilla del Azarbe, con la música, que salía del cine González, de fondo, donde se encontraban con el resto de jóvenes de la pedanía. Se iba a la Otilia a por pipas y tramusos y, en ocasiones, al ventorrillo de la Julia a tomar un refresco.

Los jóvenes de la pedanía organizaban también excursiones, jugaban al fútbol, iban al cine González o al de Paco Rey y, junto con el resto de santacruceños, disfrutaban en los concursos, los bailes y verbenas veraniegas de las fiestas patronales.

